JOSE VELAZQUEZ Y SANCHEZ

Deuda de sangre

CUADRO DRAMÁTICO

SEXTA EDICIÓN



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1918

DEUDA DE SANGRE

DEUDA DE SANGRE

CUADRO DRAMÁTICO

POR

DON JOSÉ VELÁZQUEZ Y SÁNCHEZ

Representado con extraordinario éxito en el TEATRO MARTÍN
la noche del 5 de marzo de 1874

111

SEXTA EDICIÓN

MADRID
R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.
TELÉFONO, M 51
1918

8

AL SEÑOR

Don Fernando León y Castillo

en restimonio de respetuosa estimación.

El Autor

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
RUPERTA	SRTA.	TORRECILLA.
BRÍGIDA	SRA.	SOLÍS.
ANTONIO	SR.	RODRÍGUEZ (A.)
SÁNCHEZ		RODRÍGUEZ (F.)
JUAN, el idiota		CÁMARA.
DON LEOPOLDO		FRAILE.
ROBLEDO		GALÉ.

Escopeteros y Guardias civiles

ACTO UNICO

Sala humilde. Es de noche. Puerta al fondo, y a su derecha antiguo reloj de caja, que deja oir las ocho al abrirse la escena. A la derecha, primer término, chimenea, a cuyo calor mece Ruperta a su hijo. A la izquierda, mesa con tapete, recado de escribir, libros, papeles y un quinqué grande: sillón de baqueta. Puerta al mismo lado, que conduce al interior de la casa; ventana enfrente.

ESCENA PRIMERA

RUPERTA

¡Duerme, amor de mi existencia,
el sueño de la inocencia
que guardan con celo igual
la divina Providencia
y el cariño maternal!
¡Reposa, tierno capullo
del plantel de mis amores,
de mi porvenir orgullo;
que mansamente te arrullo
como el céfiro a las flores!
¡En su rostro se divisa
expresión vaga, indecisa,
de que un ensueño le engríe;
quizá un ángel le sonríe
y refleja su sonrisa!
¡Le miro breves instantes
por resistir al empeño
de mis ímpetus amantes
rehusando turbar su sueño
con mis besos delirantes!

¡Mi bien, reposa tranquilo
del santo amor en el lazo,
y de tu sér corra el plazo
en la calma de este asilo
y el calor de mi regazo!

ESCENA II

RUPERTA y BRÍGIDA

BRÍG. ¡Buenas noches nos dé Dios,
señora!
RUP. ¡Felices, Brígida!
BRÍG. ¿Y nuestro niño Jesús?
RUP. Con un sueño que da envidia.
BRÍG. ¿A ver?
RUP. Vas a despertarle.
BRÍG. Es la criatura más linda
de Penagos y el contorno.
Un ángel: ¡Dios lo bendiga!
RUP. Será mejor acostarle,
porque esta llama tan viva,
aunque de ella le resguardo,
me parece que le irrita.
BRÍG. Usted y el señor Antonio
están siempre en la agonía,
como si el robusto niño
fuese criatura raquítica.
Que entra viento, que tosió,
que no se ríe, que suspira...
Justo es querer a los hijos;
mas no con esas fatigas.
RUP. Es que la felicidad,
después de tantas desdichas,
a nuestro cansado espíritu
suele parecer mentira.
BRÍG. Usted y el señor Antonio
merecen, señora mía,
por su fe y por su constancia,
los goces de la familia.
Cuenta con los sacrificios
de ambos, en los largos días
de oposición a una boda,
acepta toda la villa.
RUP. ¡Cuánto he sufrido en diez años
de una presión inaudita!

BRÍG. El señor cura, su tío,
era un hombre de valía;
pero buen aragonés.

RUP. ¡Dios le perdone y me asista!
¡Cuántas lágrimas de hiel
han bañado mis mejillas,
de la noche en el misterio,
en esta cámara misma!

BRÍG. Cuando Antonio sentó plaza,
en guerra con la morisma,
y al Africa le llevaron,
pensé que usted se moría.

RUP. Tocas de profunda llaga
la cicatriz dolorida.
¡Cuántas veces en mis sueños,
y en terrible pesadilla,
vi a mi Antonio caer bañado
en sangre, en revuelta lidia!
¡Cuántas le vi resistir
formidable acometida,
sucumbiendo al rudo ataque
de multitud enemiga!
¡Cuántas en manos de un moro,
vi relucir la gumía,
y del tronco separada
una cabeza querida!

BRÍG. Vamos.

RUP. ¡Funesto período!
¡Maldita guerra, maldita!

BRÍG. Pero volvió nuestro héroe
con galones y con cintas,
con medalla y noble crédito
por más de una bizarría.

RUP. Antonio descuella en todas
las acciones de su vida,
y se capta por sus prendas
generales simpatías.
¡Si le oyeras referir,
con su franqueza expansiva,
los lances de su campaña
en el africano clima!

BRÍG. Y aquí todos lo celebran,
y lo atienden, y lo estiman;
y como alcalde, es modelo
de rectitud y justicia.

RUP. Harto me pesa ese cargo,
que de su hogar le desvía;

trayéndole compromisos,
riesgos, afanes y cuitas.

BRÍG. Venga el rapaz.

RUP. (Entregándoselo.) ¡Que le abrigues!

BRÍG. ¡Más bonito no se pinta!
(Vase por la izquierda.)

ESCENA III

RUPERTA; luego DOS ESCOPETEROS

RUP. Avivemos del hogar
la llama casi extinguida;
que el fuego alegra y convida
su calor a trabajar. (Lo ejecuta.)
Bien hayas, grato fulgor,
que restauras este centro:
vamos a buscar adentro
la cestilla de labor.
(Al levantarse, aparecen en la puerta del foro dos Escopeteros, y el cabo entrega un pliego a Ruperta.)
¡Hola!... Entregado será
cuando vuelva su mercé.
¡Adiós!
(Los Escopeteros se retiran.)
Aquí lo pondré
aparte, y se fijará.
Fué mi oposición en balde
al expuesto cargo este.
¡Quiera Dios que no le cueste
caro el destino de alcalde!
Y con esos malhechores,
que infestan hoy el distrito,
van aumentando infinito
del cargo los sinsabores.
Aciaga ambición de ser,
tú vienes por fruto a dar
que todos quieren mandar
y ninguno obedecer.
Mas al gusto me acomodo
del que es de mi sér mitad,
y hágase su voluntad,
y la de Dios sobre todo.
(Entra por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IV

JUAN, el idiota. Luego RUPERTA. Juan entra con lentitud y aspecto de imbecilidad hasta frente de la puerta izquierda. Registra el terreno con mirada escrutadora; alarga el oído con inquietud; se dirige a la mesa y examina el pliego traído por los Escopeteros, sonriendo al dejarlo en su lugar. Vuelve a fingir el idiotismo; se dirige a la chimenea; arrima un banquillo y se sienta de espaldas a público y en actitud de profundo cansancio

RUP. El idiota, pobre sér
cuya vida es triste sueño,
y que como can sin dueño
va errante hasta perecer.
¡Infeliz! Su situación
me causa profunda pena,
y su presencia me llena
de inquietud y compasión.
(Se sienta frente al idiota y comienza su labor.)
Le examino, y no es posible
encontrar a mi eficacia
los rastros de su desgracia
en ese rostro impasible.
No peca en simple y en loco;
muerto está su entendimiento.
¿Será así de nacimiento?
¿Se habrá quedado hace poco?
Como Brígida, no dudo
de su desdicha notoria,
por más que busque una historia
en ese semblante mudo.
Brígida da en recelar
de este hombre, dello tan cierta,
que... a tu trabajo, Ruperta.
No puede Antonio tardar.

ESCENA V

DICHOS y BRÍGIDA

BRÍG. ¡Hola! Ya pareció aquello.
¡Sépase quién es Calleja!
RUP. ¡Brígida!...
BRÍG. Repantigado
el tonto en la chimenea.

RUP. ¡Caridad!

BRÍG. Lo que es a mí,
el simple no me la pega.

RUP. ¡Válgate Dios! Para todos
eres servicial y buena,
y con este desgraciado
tienes entrañas de piedra.

BRÍG. ¡Desgraciado! El come, bebe,
entra, sale, se pasea,
se instala donde le place,
se marcha cuando le peta;
oye, ve, calla, subsiste;
nadie le obstruye su puerta;
y es una especie de bobo,
que en serlo funda una renta.

RUP. Bien sabes que lo encontraron
en lo espeso de la selva,
atado a un árbol y exánime,
los monteros de la aldea.
¡Estuvo en el hospital
sin dar del suceso cuenta,
e imbécil lo declararon
los médicos!

BRÍG. Cosa cierta;
pero el reconocimiento
debió de hacerlo el albéitar;
que el compadre Nicolás
entiende de hombres y bestias.

RUP. Hace dos meses que vaga
por aquí, como alma en pena,
mudo, triste, inofensivo,
inerte a bondad y a befa;
coge el pan, si se lo alargan;
bebe, si se le presenta;
toma lo que se le brinda;
nada a impresionarle llega.
Ya ves lo que tú le dices,
e imperturbable se muestra.

BRÍG. Esa frescura es común
a tontos y a sinvergüenzas.

RUP. En la persona del pobre
a Cristo se reverencia.

BRÍG. Es que este pobre es la imagen
de Barrabás o de Gestas.

RUP. Francamente, me repugna
esa enconada insistencia.

BRÍG. ¡Plegue a Dios que yo me engañe,
y usted que sentir no tenga!

RUP. Basta.
BRÍG. Punto y al trabajo.
(Se sienta a hacer calceta.)
RUP. Es lo mejor, alguien llega.

ESCENA VI

DICHOS; ROBLEDO, con la correspondencia

ROB. ¡Santas noches nos dé Dios!
RUP. ¡Felices!
BRÍG. ¿Qué traes, Robledo?
ROB. Mi persona, madre Brígida,
y tres cartas del correo.
(Las coloca en la mesa de despacho. A Juan.)
¡Galápago!
BRÍG. Sí, de fijo
que no te cede su puesto.
RUP. ¿Y Antonio?
ROB. El señor Alcalde
no tardará, según creo.
Está en la cárcel tomando
la declaración a un preso.
RUP. ¿De Penagos?
ROB. No, señora.
Es un mozo forastero,
mal encarado y barbudo,
con trazas de mal sujeto.
BRÍG. ¿Y en qué fallo le han cogido?
ROB. Lo que se llama cogerlo,
en ninguno; pero en cambio,
sus modales y su aspecto,
y la denuncia...
BRÍG. ¿De quién?
ROB. De Ginés Plaza, el arriero.
Parece que ese individuo
se ha presentado en el pueblo
con un mulo, que conviene
en las señas y en el hierro
con el que a Ginés robaron
hará como mes y medio.
BRÍG. Tal vez el que está en lo cárcel
creyó comprarle a su dueño,
y esa prisión...
RUP. Cuando Antonio
su detención ha dispuesto,
habrá indicios que la apoyen.

ROB. La facha es un dato pésimo.
BRÍG. Si ya se prende por fachas,
¿cómo anda ese peine suelto?
(Señalando al idiota.)
ROB. Además, el detenido
carece de documentos,
y como abundan y crecen
hurtos, robos y secuestros...
RUP. Es preciso que se adopten,
los recursos más enérgicos,
y a los que induzcan sospechas...
BRÍG. Como el tonto, por ejemplo.
RUP. ¡Brígida!
BRÍG. Se me escapó.
ROB. ¿El señor alcalde?
RUP. (Levantándose.) Bueno.

ESCENA VII

DICHOS y ANTONIO por el foro

ANT. ¡Alabo sea el Señor!
RUP. Por siempre. (Dándose la mano.)
ROB. El correo ha venido.
ANT. Bueno. ¿Y el niño?
RUP. Dormido.
ANT. Pues vas a hacerme un favor.
RUP. Habla.
ANT. La señora Rita,
que iba mejor de su achaque,
ha sufrido un nuevo ataque
y has de hacerla una visita.
Hacerla yo resolví;
pero quedó en intenciones
por estas complicaciones,
y tú cumplirás por mí.
Robledo contigo irá.
RUP. Está bien. Voy por el manto.
Adiós.
ANT. Brígida entretanto
junto al niño velará.
(Vase Ruperta.)
BRÍG. En mi puesto estaré alerta.
ANT. Conozco tu fe acendrada.
y la estimo. (A Juan.) ¡Camarada!
¿Tenemos frío?
BRÍG. A la otra puerta.

ANT. Con este pobre eres rígida.
BRÍG. Es un pobre sospechoso.
RUP. Hasta luego, amado esposo.
Vamos, Robledo. Anda, Brígida.
(Sale por el fondo seguida de Robledo.)
ANT. El gobernador me envía
bajo reserva esta nota.
BRÍG. (Al oído.)
Despache usted al idiota.
(Entra por la puerta de la izquierda.)
ANT. Es una monomanía.

ESCENA VIII

ANTONIO y JUAN

ANT. Estamos en un terrible
compromiso los alcaldes
de la montaña, asediados
por obscuros criminales,
que roban, cautivan, matan,
sin que los encuentre nadie.
Y bajan de Santander
instrucciones fulminantes,
y por inquirir las güellas
de esa canalla impalpable,
se impone al que viene o va
dura serie de vejámenes.
¡Maldita vara! Cediendo
a empeños e instancias grandes,
consentí en ser de justicia,
sin pensar lo que esto trae.
No en vano mostró Ruperta
aversión a este carácter
de mandón en una villa,
que es sinónimo de nadie,
en realidad, y de mucho
en responsabilidades.
Dotada está la mujer
con un instinto admirable,
y uno suele conocerlo
cuando por su mal es tarde.
(Se instala en el sillón.)
Ya es preciso dominar
de esta situación los trances,
que cuando el peligro arrecia
no procede retirarse.

Los electores me dieron
voto espontáneo y unánime,
buscando un hombre de impulso;
íntegro, de buena sangre:
pues a realizar el tipo
o a sucumbir en el lance.
Vamos a ver cómo aprecia
la capital nuestros males.
(Lee.)
«En vista del incremento
»que de algún tiempo a esta parte
»se nota en las fechorías
»de pueblos, tranquilos antes,
»he decidido adoptar
»medidas excepcionales,
»esperando las secunde
»con eficacia en sus trámites;
»pues cualquiera transgresión
»la estimaré culpa grave.»
Propio estilo de bajá:
la amenaza por delante.
(Lee.)
«Para emprender la inmediata
»persecución, incansable,
»recorrerá ese distrito
»una partida volante
»de Guardia civil, al mando
»del sargento Pablo Sánchez,
»que provisto de instrucciones
»lleva extensas facultades.»
¡Pablo Sánchez!... El recuerdo
de ese nombre algo me trae
a la memoria. (Se oye llorar al niño.)
(Levantándose.) ¿Qué escucho?
Se habrá despertado mi ángel:
la vieja se habrá dormido...
Vamos a verlo, ¡qué diantre! (Vase.)

ESCENA IX

JUAN. Luego DON LEOPOLDO. Juan se levanta con precipitación recelosa; se dirige a la mesa: repasa el oficio con inquieta avidez: le abandona y retrocede con precaución hacia su puesto en la chimenea. Antes de sentarse entra don Leopldo y Juan queda de pie e inmóvil

LEOP. ¡Ah, de casa!... Buen amigo,
¿el señor alcalde?... Juan,
han preso a Lucas.

(Juan hace un signo imperioso de silencio.)
¡Que calle!
(Juan señala a la habitación de la izquierda.)
Es que tenemos que hablar.
(Juan lo separa de sí con violencia.)
En la venta.
(Juan le hace señal de cautelosa despedida.)
¡Que no faltes!
(Juan sale recelosamente por el fondo.)
Hace un tonto magistral.
De audaces es la fortuna;
vamos el golpe a intentar,
porque Lucas es un bestia
de descubrirnos capaz,
si cree que se le abandona
en este funesto azar.

ESCENA X

DON LEOPOLDO y ANTONIO

ANT. ¡Buenas noches!
LEOP. ¿Es usted
el alcalde de esta aldea?
ANT. Para lo que útil me crea.
LEOP. Agradezco la merced.
Vengo...
ANT. Antes de comenzar,
hágame usted el favor
de sentarse.
LEOP. No, señor;
me interesa despachar.
ANT. Bien. (Se sienta.) Estoy a su mandado.
LEOP. Soy don Leopoldo Ferrer,
vecino de Santander,
negociante y hacendado.
En varios pueblos, montadas
casas de tráfico tengo,
y mis intereses vengo
a cobrar por temporadas.
Me acompaña en gira tal
Lucas de Pino y Orozco,
un sirviente...
ANT. Le conozco.
LEOP. Honrado a carta cabal.
Hoy llego al oscurecer,
y extrañando no me aguarde,

se me informa que esta tarde
usted le mandó prender.
Parece que cierto arriero...

ANT. Ginés de Plaza y Angulo.

LEOP. Le imputa el robo del mulo
en que viene caballero;
y excusando un compromiso,
vengo el asunto a cortar,
y fianza bastante a dar
de una recua, si es preciso.
La ayuda me es necesaria
del mozo que usted me ha preso,
exponiéndose a un proceso
por detención arbitraria.

ANT. No es una arbitrariedad
la prisión, según mi cuenta,
de un hombre que no presenta
cédula de vecindad.

LEOP. (Con brío.)
Yo transito sin ninguna,
y a salvo de detenciones;
y he visto a muchos ladrones
que llevan cinco en vez de una.

ANT. Bien: ese arranque de teatro
conmigo no hace fortuna;
la ley se cumple con una
y sobran las otras cuatro.

LEOP. Cortemos esta porfía
y excarcele a mi criado,
a quien yo dejaré fiado.

ANT. Bueno; y a usted, ¿quién le fía?

LEOP. ¿Qué indica con frase tal?
¿Conoce usted a don Pío
de la Peña? Ese es mi tío;
diputado provincial.
¿Y al marqués de la Cañada?

ANT. Me va dando mala espina
una persona tan fina
y tan bien relacionada.

LEOP. No vengo el tiempo a perder,
sino un disgusto a evitar.
¿Me puedo a Lucas llevar?

ANT. Amigo, no puede ser.

LEOP. Pues me será doloroso
tomar recursos violentos.

ANT. Carece de documentos; (Se levanta.)
y, además, es sospechoso.

LEOP. Yo soy bueno hasta la médula

de los huesos, bien a bien:
pero...

ANT. Sospecho también
de usted, que no trae la cédula.

LEOP. ¡Señor alcalde!

ANT. La ley
marca requisito tal.

LEOP. Pudieran salirle mal
esos desplantes de bey.

ANT. Pues de verlo estoy curioso.

LEOP. ¡Pues adiós! (Va a salir.)

ANT. (Deteniéndole.) ¡Salir le impido!

LEOP. ¿Cómo?

ANT. ¡Queda detenido!

LEOP. Yo, ¿por qué?

ANT. Por sospechoso.

LEOP. Tropelía tan declarada...

ANT. Pagaré, si usted se empeña,
a ese don Pío de la Peña
o al marqués de la Cañada.

LEOP. Yo no me dejo burlar. (Intenta salir.)

ANT. ¡Quieto!
(Apuntándole con una pistola de bolsillo.)

LEOP. Alcalde, esa violencia...

ANT. No oponga usted resistencia,
porque le puede pesar. (Guarda la pistola.)

LEOP. Mejorada en tercio y quinto
la ofensa le he de volver.

ANT. Don Leopoldo, quiero ver
si me ha engañado mi instinto.

LEOP. Llevará ruda lección.

ANT. Ganar la partida espero;
que detrás del caballero
claro distingo al bribón.

ESCENA XI

DICHOS, RUPERTA y ROBLEDO

RUP. Estamos de vuelta.

ANT. Bien.
Yo voy a salir; Robledo,
es preciso acompañar
un rato a este caballero.

LEOP. (Bajo a Antonio.)
¿Insiste usted en su idea?

ANT. Y voy a llevarla a término.
Vamos. (Asiéndole de un brazo.)
LEOP. Reflexione usted...
ANT. Vamos, y fuera hablaremos.
(Salen y Robledo los sigue.)
RUP. ¡Brígida!
BRÍG. ¡Señora!
RUP. Toma
el manto.
BRÍG. Y ahora que me acuerdo,
falta pan para la cena.
RUP. ¿Sí? Pues anda, toma el cesto
y llega al horno por él.
Escucha. ¿Tienes dinero?
BRÍG. La vuelta del medio duro
que dió el marchante de huevos.
RUP. No tardes. (Brígida entra a la izquierda.)
Continuaré
mi labor cerca del fuego. (Se sienta.)
Aquí, ocupadas las manos,
y libre mi pensamiento,
se engolfa mi fantasía
en los espacios inmensos.
(Sale Brígida con el cesto.)
BRÍG. Dejo entornada la puerta.
RUP. Anda con Dios.
BRÍG. Pronto vuelvo.

ESCENA XII

RUPERTA; luego JUAN el idiota

RUP. Media vida es la candela,
como el adagio relata.
(Se oye acompañamiento de guitarra.)
¿Bien? Anuncia serenata
el preludio de vihuela. (Se levanta.)
Será el hijo de Quiroz,
que ronda a la de Guillén.
Y el mancebo toca bien
y no tiene mala voz.
(Al empezar la trova, Ruperta abre la ventana y se fija en lo que pasa en la calle.)
Niña, al pie de tu reja (Dentro.)
llega mi amor,
y su doliente queja
pide favor.

Ten caridad
con el humilde esclavo
de tu beldad.

(Durante la trova antecedente, entra por el foro Juan, el idiota, de puntillas, y dejando ver un pliego, se introduce en la habitación de la izquierda.)

Si al pie de tu ventana (Dentro.)
sigue en su afán,
muerto por la mañana
le encontrarán.
Ten compasión,
y dale por asilo
tu corazón.

(Se aleja la rondalla y Ruperta cierra la ventana, instalándose en la chimenea.)

De ese canto cada nota
dentro del alma ha vibrado
en recuerdos del pasado.

(Juan el idiota entra con lentitud por la puerta del fondo, y va a sentarse en el banquillo que antes ocupara cerca del hogar.)

¡Cómo! ¡Otra vez el idiota!
Habrá escogido el pajar
como otras noches le pasa
por refugio. Yo en la casa
no le quisiera dejar.
Fijamente le contemplo,
y ya le creo sospechoso,
porque es un mal contagioso,
en verdad, el mal ejemplo.

ESCENA XIII

DICHOS, ANTONIO y SÁNCHEZ

ANT. ¡Ruperta, tengo el placer
de presentarte a un amigo,
al sargento Pablo Sánchez,
bravo camarada antiguo!

SÁNCH. Señora, dice el refrán
que quien no es agradecido...

ANT. Vamos.

SÁNCH. Permítame usted.
Cuando en Africa estuvimos,
yo era entonces coracero
y cazador su marido.

ANT. Historias de antaño.

SÁNCH. Historias
de valor y patriotismo.
Una mañana, al volver
de la avanzada, caímos
en una fiera emboscada,
que nos había prevenido.
El terreno era un fangal;
se armó la de Dios es Cristo;
y yo me vi derribado
en el lodo, y hecho un lío.
Cerré los ojos, y dije:
«Me vendimian los moritos.»

RUP. Siga usted.

SÁNCH. Pero el fragor
de la revuelta y los tiros
atrajo a una compañía
de cazadores, que vino
a impedir una catástrofe
con su arrojo y con su brío.

ANT. No hizo más que su deber.

SÁNCH. Mas ¡de qué modo lo hizo!
Dígalo yo, que tenía
encima un morazo bizco,
y de su gumía sentí
pasar por mi cuello el filo;
pero el cabo Antonio López,
hoy alcalde, feliz, rico,
de un culatazo rompió
a aquel bárbaro el bautismo;
es decir, no le tenía,
pero el cráneo le deshizo.

ANT. Me felicito por ello.
(Alargando la mano.)

SÁNCH. También yo me felicito, (Estrechándola.)
y reconozco la deuda,
a fuer de hombre bien nacido.

ANT. Ruperta, vas a sacarnos
una botella de vino
y unos bizcochos de yema.

RUP. Serán ustedes servidos.
(Se dirige a un armario a la izquierda de la puerta del foro. Juan toma la silla que Ruperta ocupaba cerca del hogar.)

SÁNCH. ¡Cruda noche! (Acercándose al fuego.)

ANT. Ya hablaremos
de los malhechores...

SÁNCH. ¡Chito!

ANT. ¡Cómo!

SÁNCH. Ese hombre. (Señala a Juan.)

ANT. Es un idiota.

SÁNCH. Pero al cabo es un testigo,
y, en ciertos asuntos, yo
ni de mi padre me fío.

RUP. Cuando ustedes gusten.

ANT. Vamos,
propongo un brindis.

SÁNCH. Lo admito.

ANT. Vaya a que su comisión
tenga un éxito cumplido.

SÁNCH. Vaya por el cabo López,
por su esposa y por sus hijos.
(Beben.)

ANT. Tengo sólo un chiquitín
de seis meses; pero listo,
robusto, de buena pasta.

SÁNCH. Fiel copia de tales tipos.

RUP. Exageraciones.

ANT. Tráele.

SÁNCH. ¡No incomodarle, angelito!

ANT. Es la hora en que despierta.

RUP. (Entra por la izquierda.)
Sí; las ocho y veinticinco.

SÁNCH. (Bajo a Antonio.)
En proyecto traigo un golpe
magistral y decisivo.
Tengo preso al principal...
(Suena un agudo grito de Ruperta.)
¿Qué es eso?

ANT. (Entra por la izquierda.)
¡Con su permiso!
(Entra Brígida con la cesta del pan.)

SÁNCH. ¿Quién es?

BRÍG. ¡Una servidora
de usted!

RUP. ¡Me han robado a mi hijo!

SÁNCH. ¡Cómo!

BRÍG. ¡Robado!

RUP. (Rechazándoles.) ¡Dejadme!
¡Yo lo encontraré! ¡Hijo mío!
(Tropieza con una silla, cae, y acuden a levantarla Sánchez y Brígida.)

SÁNCH. ¡Ruperta!

BRÍG. ¡Señora!

RUP. Sí;
me lo volverán de fijo;

que hasta el león de Florencia
cedió de una madre al grito.
(Se precipita por la puerta del foro.)

SÁNCH. (A Brígida.)
Diga. ¿Usted es de la casa?

BRÍG. Y muy de antaño.

ANT. (Sale demudado.) ¡Bandidos!
¡Con qué certeza han buscado
de mortal herida el sitio!

SÁNCH. ¡Animo, alcalde!

ANT. Este golpe...

SÁNCH. ¿Qué carta es esa?

ANT. Este escrito
estaba sobre la cuna
donde he encontrado el vacío.

SÁNCH. Vamos a ver lo que dice.
(Abre el pliego y lo examina.)

ANT. Lea usted, Sánchez. Se lo exijo.

SÁNCH. (Lee.)
«Si sueltas a los dos hombres
»que en la cárcel has metido,
»te devolverán la prenda
»objeto de tu cariño.
»Ellos por él; y mañana
»se habrá frustrado el designio;
»y habrá causado tres víctimas
»tu afán por hacer servicios.»
(Antonio toma sombrero y bastón con ademán resuelto.)

ANT. Sargento, no salga usted.

SÁNCH. Pero...

ANT. Yo se lo suplico.
Déjeme usted las primeras
indagaciones. Mi instinto
me guiará. Pudiera serme
hasta funesto su auxilio.

SÁNCH. ¡Mi deber!...

ANT. Son diez minutos
de plazo los que le pido.

SÁNCH. ¡Diez minutos!

ANT. Sí; me bastan
para hallar al pobre niño,
haya que escalar el cielo,
o sumirse en el abismo.
(Sale.)

SÁNCH. ¡Son diez minutos de espera!
Pero por de pronto... El pito.
(Da un aviso con el pito. Juan se levanta con viva

inquietud. Brígida se sienta con abatimiento. Aparecen dos Guardias civiles en la puerta del fondo.)

Entrar puede todo el mundo.
Salir, ni un alma. Está dicho.

(Al oir esta orden, Juan cae sobre su asiento y Brígida se levanta con súbita inspiración.)

ESCENA XIV

BRIGIDA, SANCHEZ y JUAN el idiota

BRÍG. (Aparte a Sánchez.)
(¡Cuidado con ese pícaro!)
SÁNCH. ¿No es idiota?
BRÍG. Una ficción.
SÁNCH. ¿Es del país?
BRÍG. Forastero.
SÁNCH. ¿Y usted cree...?
BRÍG. Que es un traidor.
SÁNCH. ¡Basta! (Alto.)
Abuela, usted se instala
en aquella habitación;
y hasta que sus amos vuelvan
no torna a salir.
BRÍG. ¡Adiós!
(Sale)
SÁNCH. A mal venir, buen tabaco;
y es refrán de jugador,
(Saca un puro.)
pero aquí no se realiza:
tabaco de la nación,
de a tres cuartos; coracero
veterano, como yo.
Pero arderá, se lo fío,
aunque tenga en su interior
más venas que un hipopótamo
y más palos que un fogón.
(Toma un sobre de la mesa de despacho, lo enciende en la chimenea y examina atentamente a Juan. Aparte.)
(¡Fisonomía imperturbable!
(Enciende el puro.)
¡Si no fuese un impostor,
y ensayáramos en él
inútilmente!...)
(Alto.) Empezó
la lucha con este pícaro,
rebelde a la combustión.

Otra pajolilla, y vuelta
a la faena: y van dos.
(Repite con lentitud el juego antecedente. Aparte.)
(Esta vez tuve fortuna;
le miré y palideció.)
(Alto.)
Amigo peninsular,
avéngase a la razón;
porque de todas maneras
tiene de arder como el cok;
o entre mis labios sujeto,
o en la chimenea, si no.
¿Sí? ¡Pues a la chimenea!
(Lo ejecuta.)
Vencida la rebelión.
(Aparte.)
(En su semblante descubro
que le hago un efecto atroz.)
(Toma una silla y se instala junto a la mesa.)
Es preciso convenir
en que no hay estrella peor
que la que me influye desde
que mi madre me parió,
ni hombre con sino más triste
en cuanto ilumina el sol.
Si dotado no estuviese
de la paciencia de Job,
con la boca de esta llave
me habría arreglado el reloj.
(Saca el revólver y le pone sobre la mesa.)
De mi clase soy el número
cuatro del escalafón;
el pase me había valido
para Madrid el favor;
y allí, cerca de Maruja,
colocado en la Inspección,
rondaba dos conveniencias:
el ascenso y el amor.
Alguien tiene que pagar,
y bien cara, esta extorsión.
(Da un violento golpe en la mesa. Juan se estremece.)
Entre usted a perseguir,
y con este frío feroz,
por trochas y vericuetos,
a la rapante legión
que, fugada de presidio,
de esta comarca es terror.
Yo sé que no se me escapan;

que caen todos, ¡no que no!
pero, ¿quién me quita andar
en perpetua procesión;
y aquí descubro a un espía,
y allá pesco a un malhechor?
Lo que ellos no saben es
que al ciudadano ladrón
que yo capture le aguarda
un semestre de dolor.
Lo mato nervio por nervio,
como hacía la Inquisición,
y ha de maldecir mil veces
el instante en que nació.
(Viva inquietud del idiota. El Sargento le vuelve un tanto la espalda, sin perderlo de vista.)
Y eso que no marcho a oscuras,
y que sé por donde voy,
pues deparóme la suerte
la preciosa detención
del bandido valenciano
Blas Miret, el Caragol,
hecho cabo en Tarragona
y que el presidio escaló,
de otros cuantos caballeros
en feliz combinación.
Y el tal Miret no quería
cantar; pero al fin cantó;
porque hay acompañamientos
que esfuerzan mucho la voz,
si el que lleva la batuta
entiende la dirección.
(Saca una cartera y mientras repasa sus hojas, Juan expresa una resolución desesperada; se contrae como para lanzarse sobre el Sargento, y se ve lucir en su diestra un puñal. Sánchez tose, vuélvese para escupir y el idiota queda inmóvil. Aparte.)
(La estatua se va moviendo.
Marcha el asunto al vapor.)
(Alto.)
Repasaremos los nombres
que contiene la instrucción
del amigo Blas Miret,
a quien convertí en tenor
de primissimo cartello,
cual se dice en la afición.
(Lee.)
«Juan Cruz, alias don Leopoldo...
»Lucas del Pino, el Pastor...

»Jaime del Bosch, el Hereu...
»Juan Monasterio, el Sayón...»
(Evidente agitación de Juan el idiota. Aparte.)
(¡El es!)
(Alto.) «Antonio el Ventero
»y el Tuerto de Vinaroz.»
Media docena de pájaros,
digna presa de este halcón.
(Se levanta, coge el sombrero y revólver, y se vuelve hacia Juan, contemplándole en silencio.)
Hombre, cualquiera diría,
contemplando el exterior
de este infeliz... cotejando
sus señas y situación...
el recelo de esa vieja...
las notas del Caragol...
los datos sobre otros simples...
fecha de su aparición...
coincidencia de su estancia
con ciertos hechos... Ya voy
en la pista de una idea
que puede ser... ¡Ilusión!
(Se pasea por la estancia en actitud reflexiva.)
Dicen que Juan Monasterio
la última pena evitó
obstinándose en fingir
la demencia con tesón.
Punto y aparte. Me exigen
hechos de marca mayor
para ascenderme en la escala.
Punto y seguido. Si yo
presento a esta vera efigies,
en lugar del salteador,
y a la autoridad le entrego,
por supuesto en un serón,
diciendo que al darle el alto
a la guardia resistió,
y fué preciso matarle...
¡Qué diablo de tentación!
(Pausa.)
Lo que es cierto, que este golpe
podía ser deslumbrador.
Blas Miret asegurado
hecho añicos el Sayón;
porque este simple es su imagen,
y por él pasa en rigor;
ni habla, ni entiende, ni vive.
Causa el verlo compasión,

y en quitarle de este mundo
hasta se le hace un favor,
y a título de inocente
tiene allá colocación.
(Señalando al cielo.)
Los diez minutos de plazo
que el alcalde me pidió,
van corriendo, y es preciso
fijar mi resolución. (Monta el revólver.)
Juguemos a cara y cruz
este lance con valor.
Un duro. Cruz es la vida.
Cara es la muerte. ¡Atención!
(Al hacer la suerte, el idiota se levanta con terror.)
Cara. *Requiescat in pace.*

JUAN (De rodillas.) ¡Misericordia!
SÁNC. (Aparte.) (¡Cayó!)
JUAN ¡La vida!
SÁNC. ¡Perro!
JUAN ¡La vida!
SÁNC. ¡Cobarde, no hay compasión!
JUAN ¡Sargento!...
SÁNC. ¡Si eres cristiano,
reza pronto!
JUAN ¡Por favor!
¡Lo diré todo!
SÁNC. ¿Y el niño,
dónde le tienes, bribón?
JUAN ¡Parecerá!
SÁNC. ¡Si me engañas!...
JUAN ¡Lo juro!
SÁNC. ¡Entrega, traidor,
el puñal; pues no tuviste
para herirme, corazón!
JUAN ¡Ahí está! (Le arroja a los piés de Sánchez.)
SÁNC. ¿Conque la vida
me pides, vil salteador?
¿No sabes la que te aguarda
en Melilla o el Peñón?
JUAN ¡Los presidios tienen puertas,
mientras que el sepulcro no!
SÁNC. ¡Levanta!
JUAN (Obedece.) ¡Entregadme vivo!
SÁNC. ¡Mas con una condición!
JUAN ¡Aceptada!
SÁNC. ¡El niño, o mueres!
JUAN ¡Vamos!
SÁNC. ¡De tí voy en pos;

suelto vas; pero no intentes
la fuga!

JUAN ¡Palabra doy!...

SÁNC. ¡Mira bien este revólver!
¡Es una conversación
a tiros! ¡Juan Monasterio,
vamos y líbrete Dios!
(Salen precipitadamente por el fondo.)

ESCENA XV

BRIGIDA; luego RUPERTA

BRÍG. ¡Nadie! El sargento se fué,
y tampoco está el idiota.
¿Qué habrá pasado? Venía
para explicarle una cosa:
saltaron por la ventana
sin reja, que hay en la alcoba
y se habrán llevado al chico
mientras yo salí. ¡Señora!...

RUP. ¡Déjame!

BRÍG. Permita usted...

RUP. ¡Déjame! ¡Quiero estar sola!

BRÍG. Vamos...

RUP. ¡Yo te lo suplico!

BRÍG. Está bien. (Retirándose.)

RUP. Me vuelvo loca.
(Cae con abatimiento en una silla.)
Virgen de los Dolores,
mi fe te implora;
al bien de mis amores
dame, Señora.
Yo me dirijo
a la Madre que un día
buscaba a su Hijo.
Una traición horrenda
de mí lo esconde:
pregunto por mi prenda,
nadie responde.
Favor, Señora;
tú que eres de las madres
la intercesora.
Tornen el bien perdido
a ver mis ojos;
Madre, yo te lo pido

puesta de hinojos;
reina del cielo,
Virgen de los Dolores,
dame consuelo.

ESCENA XVI

RUPERTA; ANTONIO por el foro

ANT. ¡Ruperta!
RUP. (Levantándose.) ¡Antonio!
ANT. Tu afán
a calmar un tanto vengo.
No desesperes. Yo tengo
para hallar al niño un plan.
RUP. ¿Sí?.. Saberlo necesito.
ANT. Buscando a la prenda mía,
sobre su cuna vacía
encontré un papel escrito.
Y en él los infames esos
me piden, sin dar sus nombres
que libres deje a dos hombres
que en la cárcel tengo presos.
Juzgo que gentes extrañas
al distrito deben ser.
RUP. ¿Y prometen devolver
al hijo de mis entrañas?
ANT. Sí. Por esa iniquidad
ponen fin a mi tormento.
RUP. Acepta, y en el momento
los pones en libertad.
ANT. Pero al romper las prisiones
de los de la inicua grey,
me considera la ley
encubridor de ladrones;
y agravando mi condena
el mando que me compete,
voy a buscar el grillete
de los siervos de la pena.
RUP. ¡Jamás!
ANT. Estéril suicidio
lo que proponen envuelve,
si un hijo no me devuelve,
y me conduce a presidio.
RUP. Cierto.
ANT. Pero me dispongo
a adoptar el fingimiento,

a figurar que consiento,
y que en libertad les pongo.
Yo les trazaré senderos
que a punto forzoso den,
donde apostados estén
mis bravos escopeteros.
De los medios adoptados,
el próspero fin colijo
de recobrar a nuestro hijo
y burlar a esos malvados.

RUP. ¡Oh! No vayas a exponerte
en esa fatal partida.

ANT. Déjame buscar la vida
con las ansias de la muerte.

RUP. No agraves el golpe cruel
que en el alma recibí.

ANT. ¡No puedo vivir así!
¡No puedo vivir sin él!

ESCENA XVII

DICHOS, SÁNCHEZ, ROBLEDO y GUARDIAS

SÁNC. ¡Víctor, alcalde! Hemos hecho
un servicio de importancia.
Del bando usted ya tenía
dos pájaros en la jaula,
y yo vengo de cazar
otros cuantos que faltaban.

ANT. ¡Hable usted!

RUP. Pero, ¿y mi hijo?
Sin él todo importa nada.

SÁNC. El niño parecerá.

RUP. ¿Parecerá?

SÁNC. ¡Mi palabra!
¡Como si estuviera aquí!
¡Serenidad!

RUP. No me falta.

SÁNC. ¡Robledo! ¡El recluta al frente!
(Robledo saca el niño, que trae cobijado en la manta.)
¿Es el mismo?

RUP. ¡Hijo del alma!
(Se apodera del niño y entra por la izquierda.)

ANT. Dispense usted si!..

SÁNC. Comprendo...

ANT. Ruego a usted que no se vaya.

SÁNC. Aquí espero.
ANT. ¡Adiós! (Alejándose.)
SÁNC. ¡Adiós!
ANT. ¡Debo a usted la vida! ¡Gracias! (Vase.)
Sanch. Nos pondremos en camino
apenas despunte el alba,
y vamos a Santander
a entregar esa canalla.
Cuenta que es gente de ojo,
y ojo al Cristo que es de plata.
(Robledo y dos Guardias se retiran.)

ESCENA XVIII

SÁNCHEZ y BRÍGIDA

BRÍG. Con que el tonto...
SÁNC. Era una pieza
de las de marca imperial;
y guiado por usted,
le hice el habla recobrar.
BRÍG. ¿Y el niño?
SÁNC. Le tenía oculto
en la venta otro que tal,
llamado Antonio Garcés,
más ladrón que Barrabás.
ANT. (Dentro.) ¡Brígida!
BRÍG. Señor sargento,
usted ha vuelto a este hogar
su alegría. ¡Dios le otorgue
salud y prosperidad! (Vase.)

ESCENA XIX

SÁNCHEZ, RUPERTA y ANTONIO

RUP. Reciba usted el tributo
de gratitud de una madre.
ANT. Permita usted que su mano
estreche en las mías, compadre.
SÁNC. Van a conseguir ustedes,
¡vive Cristo! que me enfade.
RUP. ¡Cómo!
ANT. ¿Por qué?

SÁNC. Porque olvidan
lo que no puede olvidarse;
y es que entre nosotros dos
había una deuda de sangre.
No hay plazo que no se cumpla
ni deuda que no se pague. (Telón.)

FIN

NUEVAS EDICIONES

propiedad de la «Sociedad de Autores Españoles»

La agonía.—Juguete dramático en un acto, de L. M. de Larra.................... 1 peseta.

¡Una limosna por Dios!— Cuadro dramático en un acto, de J. Jackson Veyan... 1 peseta.

Diego Corrientes.—Drama popular en tres actos, de J. M. Gutiérrez de Alba.... 2 pesetas.

Deuda de sangre.—Cuadro dramático en un acto, de J. Velázquez y Sánchez... 1 peseta

50 POR 100 DE AUMENTO